

## **En torno al libro de Jean Sarrailh, «L' Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII<sup>me</sup>. siècle»**

No cabe un exordio para presentar al autor; es bien conocido de todos los estudiosos, el actual rector de la Sorbona, hispanista de vocación bien probada a través de una vida fecunda, dedicada a poner de manifiesto los esfuerzos de los mejores españoles del siglo XVIII para incorporar a nuestra Patria al rumbo y a las ideas europeas. Esta es una obra llena de originalidad y que al poner de relieve los problemas que preocupaban a los mejores españoles de entonces nos muestra como esos problemas son problemas que nuestro país tiene hoy sin resolver y como su planteamiento es asombrosamente semejante. Era inexcusable que una revista de la Universidad en donde Feijoo explicó, de la ciudad en donde pensó en España albergado en los muros del remozado convento de San Vicente donde escribió sus libros, se ocupara de la obra de Sarrailh con algo más que con la seca y forzada brevedad de una nota bibliográfica. Feijoo tuvo continuadores de su pensamiento en Asturias y de su labor en la Universidad de Oviedo, y la Universidad que contó entre sus catedráticos a Felix Aramburu, Canella, Posada, Altamira, Melquiades

Alvarez, Sela y los dos Alas no puede quedar indiferente ante el libro del rector de Paris cuyas tesis están documentadas y fundamentadas en gran parte, en textos de asturianos excelsos como Jovellanos, Campomanes y Flórez Estrada.

Aunque la valoración del siglo XVIII en los manuales de Historia de España había comenzado a cambiar y ya se daba una más objetiva y veraz noticia de su desarrollo; desde hace varios años y por fines que tienen muy poco que ver con la objetividad científica, se volvió a poner en vigor la antigua y ya desusada que nadie mejor que Menéndez y Pelayo acertó a sintetizar: "Siglo enteco de miseria y rebajamiento moral, de despotismo administrativo sin grandeza ni gloria, de impiedad vergonzante, de paces desastrosas, de guerras en provecho de niños de la familia real o de codiciosos vecinos nuestros, de ruina acelerada o miserable desuso, de cuanto quedaba de las libertades antiguas, de tiranía sobre la Iglesia con el especioso título de protección y patronato y finalmente de arte ruin, de filosofía enteca y de literatura sin poder ni eficacia disimulada todo ello con ciertos oropiles de cultura material que hoy los mismos historiadores de la escuela positiva (Buckle por ejemplo), declaran somera, artificial, contrahecha y falsa" (1). También Ortega dijo, y lo recuerda Sarrailh, que fué el siglo XVIII el menos español de nuestra historia. A lo dicho por Menéndez y Pelayo responderá mejor que nada el contenido del libro cuyo resúmen se hace a continuación. En cuanto a lo de Ortega, no tendrá aquí cabida lógica el señalar cuáles son las características y el modo de ser, los modos de vida, para ponerse de acuerdo con recientes y comentados libros de Américo Castro, que constituyen España; probablemente hasta en esto sería muy difícil un acuerdo aunque fuera tan solo de

---

(1) Marcelino Menéndez y Pelayo—Historia de los Heterodoxos Españoles—Ed. del C. S. I. C.—Madrid—1948—T.º VI pag. 7.

principio, pero en todo caso si al siglo XVIII se le tacha de poco español por una influencia francesa que nadie ha de poner en duda; es decir, por responder sus manifestaciones culturales a algo que no nace entre nosotros, serán muy pocos los periodos que en la Historia de cada país podamos llamar nacionales. Influjos en la cultura española los hubo siempre: franceses y musulmanes en la Edad Media, italianos y flamencos en el Renacimiento, alemanes en los tiempos modernos. Sin Giotto no tendría explicación Ferrer Bassa, ni sin Van Eyck, Gallegos ni Herrera sin Bramante, ni Velázquez, Ribera y Zurbarán sin la escuela veneciana y tantos otros, hombres y hechos, y sin embargo nadie puede regatearles ni su raigambre hispánica, ni el caracter español de su obra. Ningún influjo extranjero ha sido en España condenado a priori, los historiadores de las tendencias más diversas aplauden los citados menos el francés del siglo XVIII. ¿Por qué esto? Nuestra historia de la Edad Media despierta hoy pocas pasiones, y sus problemas tan sólo preocupan a algunos estudiosos, pero no sucede lo mismo con la Moderna; aún Carlos I es para unos el César Invictísimo y para otros quien erróneamente y por orgullo dinástico varió el rumbo de nuestra Historia; Felipe II si para unos es el rey Prudente, para otros no pasa de ser el Demonio del Mediodía. Nadie ha estudiado la Inquisición con un criterio moderno y actual, unos la consideran un cumulo de horrores y errores, para otros es el tribunal de Justicia más benéfico y humano. Los que se dicen amantes de la tradición española, suelen ser fervientes admiradores de la Casa de Austria y se ocupan mucho de la falta de respeto con que Felipe V y los ministros de Carlos III trataron a las Cortes y a la autonomia de las regiones españolas, pero sería curioso que nos explicaran en que consistió el respeto que Carlos V tuvo a los procuradores reunidos en Santiago y la Coruña, Felipe II a Lanuza, o el Conde Duque de Olivares a portugueses y catalanes. La organización Medieval española,

un cadáver. En el siglo XVIII unos hombres excelsos se dieron cuenta y miraron al único sitio a donde podían mirar: a Francia, que era por otro lado a donde miraba toda la Europa de entonces. ¿Que la ideología francesa no gusta a algunos? es esta desgraciadamente la razón por la que se indignan cuantos historiadores repugnan hoy el siglo XVIII; algunos (Menéndez y Pelayo) lo dicen, pero otros lo callan, mas unos y otros deberán convenir en que esta actitud tiene muy poco que ver con los intereses de la verdad, de la justicia y de la ciencia, aunque se tapen con los de una sinceridad más proclamada que sentida y practicada y perduren todavía en tantos y tantos libros sobre los que enseña nuestra Historia como muestra de unos tabus y de un miedo a los que sin ningún fundamento se les quiere hacer puntos terminales del eje que rige la vida intelectual española de hoy.

Por otro lado el siglo XVIII español es continuador, no de las realidades que no las había, sino de los anhelos, de mejoramiento material, de organización, de moralidad administrativa y de costumbres que por muchas razones no se habían concretado en nada en los calamitosos reinados anteriores. En este aspecto el siglo XVIII no hace sino continuar la mejor tradición de los anteriores expresada en los escritos de hombres como Fray Alonso Castriño, Luis Vives, el P. Mariana, Polo de Ordegado, José Acosta, Francisco Murcia de la Llana, Pedro de Valencia, González Cellerigo, Agustín de Rojas, López de Deza, Sancho de Moncada, Caxa de Leruela, Martínez de Mata y Juan Francisco Castro, y otros que plantean los mismos problemas, que los hombres del siglo XVIII y apuntan las soluciones que son, como es natural, las de su tiempo. Esta corriente sigue en el siglo XIX, desde los legisladores de Cádiz hasta llegar a la Generación del 98, que participa de todas estas preocupaciones y hasta hoy, porque como verá quien lea el documentado libro de Sarrailh los problemas de entonces continúan siendo los más apasionantes de la actualidad

española. Por esto es preciso proclamar muy alto que todos estos hombres del siglo XVIII están dentro de lo mejor y más inteligente de la tradición española, siquiera esta tradición sea muy distinta de la balumba de retórica con que se martirizan nuestros oídos para sostener un estado de cosas en abierta contradicción con los intereses del país y con el sentido común.

La selección de fuentes ha sido muy cuidada por el autor; el número de obras de la época, impresas o manuscritas que ha consultado alcanza la cifra de doscientas diez y nueve y la bibliografía citada trescientas once. Si en alguna nota bibliográfica publicada en revistas españolas (2) se le achaca el ignorar o no citar al menos la bibliografía o alguna de ideología muy determinada publicada aquí después de la guerra civil, concretamente los estudios de Sánchez Agesta y algunos de menor monta, esto afectaría tan solo a detalles muy mínimos pero la visión general y las consecuencias serían las mismas señaladas en el libro.

Tiene la obra tres partes: **MASA Y ELITE**, **LOS PRINCIPIOS Y LAS ARMAS DE LA CRUZADA** y la última, **PANORAMA DEL PENSAMIENTO NUEVO**, y cada una de estas partes va dividida en ocho capítulos.

**MASA Y ELITE**, significa como cuida de explicar, no una diferenciación de sentido clasista, pues si en la elite predominan las gentes de profesión intelectual, en la masa se mezclan abigarradamente aristocracia y pueblo en el sentido clasista de la palabra. España es hoy un país de campesinos, un 65% de sus habitantes dedica sus esfuerzos a la agricultura; entonces el porcentaje era mayor. El panorama que expone es triste: "Comendadores, grandes propietarios, Cancilleres, Clero y Fisco" son las plagas del campo español que gravitan sobre el campesino, única clase trabajadora española sobre la que recae la mayor parte de los impuestos sin que como contrapartida le corresponda ni la mayor, ni la mejor parte de los rendimientos. Pero peor aún que estas cargas que si no eran justas por lo menos eran legales, son las burlas a

(2) La publicada en el n.º 57 de "Hispania", por Dolores Gómez Mollada.

la ley que en su codicia desenfrenada hacia los grandes propietarios y que llevaban a los obreros a emplear todos los recursos que su picaresca les sugería para burlar las disposiciones y abusos de los propietarios originando de este modo represalias y contrarepresalias que son el prólogo de nuestros conflictos sociales modernos. Confirmando su aserto, cita casos concretos entre ellos uno ocurrido en el Monasterio de Santa Engracia de Zaragoza dando así una razón más de la escasa productividad de nuestra agricultura. Como contrapartida, señala el floreciente estado de la agricultura y de los campesinos en Cataluña Levante y País Vasco, tierras de pequeña propiedad, para concluir diciendo como la absurda distribución de la tierra era entonces una de las razones de la pobreza y atraso de España. Pero si esta era la razón fundamental no era desgraciadamente la única; la rutina, que como un peso de plomo gravita sobre nuestros campesinos; aún en estos tiempos es frecuente oír por los secanos de Aragón frases, como "en nuestro oficio no hay más "cencia" que la "experiencia" de nuestros "antipasaus" o ponderar una campesina las excelencias de sus hortalizas diciendo: "Son tan gustosas porque no las abonamos nunca" (3). Pero no carguemos las tintas solo con los campesinos, es que se olvida que en el año 1940 o 41, cuando la alarma, afortunadamente solo alarma, causada por el tifus exantemático fué preciso acordonar ciertos barrios madrileños para poder vacunar a sus habitantes, casi "manu militari". Y no era esto lo peor, con ser grave, personas que por su profesión, posición social o cultura debían haber sido auxilio poderoso de los reformadores, formaban haz apretada en las filas contrarias y eran como dice Sarrailh más obstinados que la misma plebe para resistir toda innovación; a ésto, se agregaba la masa enorme que constituían los bajos fondos, mendigos y delincuentes, que si estos últimos arrestados con frecuencia no se hacía nunca esperar mucho algún perdón general que los volvía otra vez a implorar la caridad de un lado y de otro a recomenzar sus truhane-

---

(3) Lo decía así al que esto escribe, una labradora de Calcena (Zaragoza) en el verano de 1947.

rias; las novelas picarescas del siglo XVII y los sainetes del siglo XVIII son inagotables fuentes de casos concretos.

Incuestionablemente la falta de clases directoras era la razón de todos estos males; eran estas clases una nobleza por lo general tan llena de snob y suficiencia como falta de ciencia y ejemplaridad que despreciaba la lengua y las costumbres españolas para seguir lo que creía ser la moda, que si había cruzado los Pirineos no traía al volver a repasarlo más bagaje que los nombres de unos salones de diversión, las modas de trajes y tocados y un cúmulo de historietas picantes en las que infaliblemente, si era hombre quien las narraba, había sido un protagonista tan afortunado como inverosímil.

Un espíritu parecido se encontraba en el clero, aunque sean en número menor que en los nobles. Hay bastantes clérigos ignorantes, obstinados e inmorales como los que el P. Isla satiriza en su *Fray Gerundio*; es el Arzobispo de Santiago que persigue a Salas, catedrático de la Universidad de Salamanca, o el Obispo de Oviedo que ve con malos ojos la apertura del Instituto Jovellanos de Gijón o el de Lugo que a la solicitud de Jovellanos pidiendo apoyo económico para su obra responde que se ocupe de su casa y que se case.

Tampoco es mejor el estado de la Universidad, muestra de su espíritu es la respuesta de la de Salamanca a una consulta, en la que al decir que los principios de Newton no ayudan a ser buen matemático y que Gasendi y Descartes no van tan acordes con la verdad revelada como Aristóteles rechaza de un manotazo la Física y las Matemáticas modernas.

Y la burocracia mientras tanto crecía frondosa, en veinte años se había creado 8.800 nuevos empleos.

En cuanto a la milicia Cadalso había escrito agudamente "esos militares que deben su vocación guerrera a su aversión a la ciencia".

Con esto se vé que el abisino que logicamente había de existir entre el profesor, el eclesicástico, el militar o el burgués y el campesino o el peón ciudadano no existía y para luchar contra ésto tan solo había un rey, algunos señores, políticos-artistas y algunas sociedades. ¿Como podian triunfar?

El punto de partida de estos hombres es tan triste como exacto y fué como recuerda Serrailh, Cadalso quien lo anunció "A la muerte de Carlos II España no era sino el esqueleto de un gigante" Es preciso buscar una luz, hay que imitar para lograr una base y desde ella partir o sobre ella edificar, imitar no significa ser esclavo; por eso los honibres del siglo XVIII quieren saberlo todo, conocer todo y juzgar de todo, para tomar en cada caso lo que pueda ser más útil a España.

En el capítulo que titula "LA ELITE", señala una serie de nombres oscuros, la mayoría tan apenas han atravesado las paginas de estudios y monografías muy especializadas, son obreros impresores, músicos, labradores, artesanos, médicos y profesores, modestos hidalgos de provincias, clérigos y también mujeres, que difícil es el triunfo de una causa si la mujer no la apoya con su debilidad, su gracia y su belleza. Es este uno de los mejores capítulos de la obra, por poner de relieve el fervor que existia en tantos españoles de tan variadas clases de mostrar así la extensión de los anhelos de renovación que los Historiadores, a la moda, del siglo XVIII, pretenden dar a entender que el movimiento renovador era tan solo la chifladura de unos pocos intelectuales en contado número sin fuerzas y sin arraigo. Despues de leído esto se verá bien probado que las preocupaciones de orden economico politico y religioso estaban presentes en cada ciudad, en cada villa y en cada convento.

Entre la Elite elevada destacan personas como los prelados de Valladolid, Barbastro, Salamanca, Granada, Tarragona y otros que con su obra intentaban la vuelta a una Iglesia más cristiana.

Es la Facultad de Medicina de Salamanca que hace una sincera crítica de su plan de estudios y desea la modificación del sistema de enseñanza; algunos profesores de la Universidad de Alcalá que plantean la conveniencia de dar la enseñanza en castellano abandonando el latín como se había hecho desde hacía tiempo en la mayoría de los centros docentes de Europa.

El título del capítulo primero de la segunda parte, Creencia en la Cultura, va muy bien con lo que era la esencia y el punto de partida de toda la ideología del siglo XVIII. Cabarrus y Meléndez Valdés lo piden: es necesario desarraigar la afición desmedida de los lectores de innumerables novelas de bandidos que como entre nosotros las policíacas, fomentan la inmoralidad y el mal gusto; la escuela es para estos, como lo será para Joaquín Costa a fines del siglo XIX, la primera necesidad de los españoles. Jovellanos exalta la Ciencia y el saber en su discurso de apertura del Instituto de Gijón como los medios principales para levantar a España de su postración. Que no era esto una manía lo demuestran los numerosos planes de estudio que para todos los gustos se desarrollan entonces, como los de Sarmiento, Olavide, Jovellanos, Cabarrús y otros y el interés del gobierno por la reforma de las Universidades y de los Colegios Mayores. Quizás conciban la instrucción y la cultura con unos fines utilitarios en exceso, pero resplandece siempre la fé en su eficacia que hace decir a Jovellanos "Si no hay buenas leyes ya las habrá en un efecto infalible de la propaganda de las luces; cuando la opinión pública las dicte, la autoridad las deberá establecer quiera o no". La cultura debe de ser práctica. ¿Qué sería de una nación que en lugar de geometras, astrónomos, arquitectos y mineralogistas no tuviera sino teólogos y jurisconsultos? Sin que esto quiera decir que desconocen la necesidad de una cultura desinteresada. Al lado de estos anhelos abunda la crítica a la deficiente y errada instruc-

cion que se daba en los pocos centros docentes, las páginas de Sarrailh refieren lo que era la enseñanza tradicional en España algunos de cuyos métodos por desgracia aun perduran, rigurosa separación de clases, vigencia del viejo aforismo "La letra con sangre entra", actos públicos organizados en los Colegios más para despertar la envidia y la vanidad que el amor a la ciencia y la afición por el estudio. Si es cierto que en los Seminarios de Nobles de los jesuitas se enseñan los sistemas de Ptolomeo, Copernico o Descartes; el latín y las llamadas Humanidades, gramática y retórica, eran el contenido principal de una enseñanza rutinaria que unos ingenuos profesores tomaban por verdadera ciencia. Pensar con tales profesores y tales métodos reformar la enseñanza fuera soñar.

Pronto aparecen nuevos libros traducciones como el verdadero metodo de estudiar de Verney, la creación de los Estudios Reales de San Isidro en 1770, el nuevo plan de estudios de la Universidad de Sevilla de 1769, el "Eusebio" de Montengon, la creación del Real Seminario de Vergara, las campañas para poner la enseñanza bajo el control del Estado y convertirla en Servicio público desde la primaria a la Universidad, que se logra en el año 1807. Instrumentos importantísimos de renovación fueron los Sociedades Económicas de Amigos del Pais que en su programa de acción difundieron las técnicas nuevas aplicables a la agricultura y a la industria creando escuelas profesionales que serán los establecimientos modelo para la aplicación de los nuevos métodos y la formación de artesanos. Para la fundación de estos organismos se tomo modelos de analogas instituciones inglesas, suizas y francesas y fueron casi siempre fundación del poder central.

Que para el mejoramiento de España contribuyó la imitación al extranjero es cosa que queda dicha; más también contribuyeron los extranjeros que la habitaban, los trabajos de Fouche

Delbosch y de Arturo Farinelli, por solo citar los más salientes, lo confirman. Dejaremos aparte políticas como Orry Wal o Grimaldi para fijarnos en otra clase de personas de labor más callada pero nunca menos eficaz, entre ellos Sarrailh se ocupa de los irlandeses Ward y Bowles, autor el primero de un notable estudio, "Proyecto económico", y el segundo de una "Introducción a la Historia Natural y a la Geografía física de España", el ingeniero francés Charles Maur constructor del paso de Despeñaperros, el también francés Maritz, Dowling que enseñó la fabricación del acero, el alemán Muza y junto con estos tantos y tantos otros que vinieron, a nuestro país, se aclimataron en él, aquí se casaron y sus hijos no conocieron otra patria que España. En este grupo entran desde los profesores que venían a explicar determinadas especialidades, hasta los humildes colonos alemanes traídos para poblar las soledades de Sierra Morena.

Junto con esto el número de españoles que cruza la frontera aumenta de día en día; si es cierto que a veces tan solo volvían con un insoportable aire de suficiencia y despreciando a España (4), junto con estos eran buen número los que al volver aparte de llegar con unos conocimientos especializados en ciencias y técnicas diversas, les había servido el viaje de inapreciable contraste y habían adquirido una más amplia visión del mundo y de las cosas. Claro está que el sistema de becas era rudimentario y que el hecho de salir al extranjero estaba frecuentemente determinado, aun más que ahora, por la fortuna de los padres.

---

(4) Por desgracia y aunque bastante atenuadas estas cosas continúan sucediendo; recuerdo el caso de una señorita que al volver a España en 1949, después de haber estado ausente en los Estados Unidos durante dos años, sus primeras palabras fueron el decir que el suelo de Madrid era tan duro que lastimaba sus pies y al preguntarle un camarero del bar Mansard de Madrid que deseaba tomar respondió que como desear un jugo de tomate, pero que eso no lo sabían hacer en España.

Señala el autor las dificultades que tuvieron que vencer todos los asociados espiritualmente en esta lucha emprendida para mejorar España. En primer lugar contra todo intento de sacudir al país y hacerlo abandonar su quietismo se alzaba la Inquisición, verdadera aduana del pensamiento; una larga lista de obras de distintos autores todos prohibidos, demuestra la verdad de la frase de Campomanes y Floridablanca: "el abuso de las prohibiciones de libros ordenadas por el Santo Oficio es una de las fuentes de ignorancia que reina en gran parte de la nación". Las mismas lamentaciones de Jovellanos al hacer los pedidos de libros para la biblioteca del Instituto de Gijón, demuestran que, pese a cuanto se ha escrito acerca del estado semiletárgico y prácticamente inoperante del Santo Oficio en el siglo XVIII, la Inquisición estaba llena de vida y su poder era aún fuerte y terrible. Claro está que frente a esta actividad recelosa de la Inquisición los españoles se defendían mediante tretas audaces e ingeniosas y lograban introducir clandestinamente, lo que una legislación absurda vedaba conocer y si éticamente los procedimientos son censurables, es humanamente explicable el que una sociedad que vive habitualmente en régimen de represión y de censura acuda a ellos; Sarrailh señala la existencia de una colección titulada Actos de los Apóstoles por el exterior y cuyo interior eran una serie de obras sobre la Revolución francesa, junto con escritos de Condorcet y las Confesiones de Rousseau. En el interior de las obras permitidas aparecen hojas de propaganda revolucionaria, Jovellanos no olvida en Vitoria el cumplimentar al Administrador de la Aduana con el fin de que sea benevolente en los registros que haga en los envíos de libros destinados al Instituto de Gijón, en fin todos los recursos que por razones muy semejantes conocemos tan bien los españoles de ahora (5), y así los libros de arquitectura, ingeniería, matemáticas, agricultura junto con la Enciclopedia y las obras de Voltaire y Rousseau, lle-

naban las estanterías de las bibliotecas públicas, las de las Sociedades Económicas, las de algunos conventos y muchas particulares.

Otro muro a derribar era la indiferencia con que estas ideas eran acogidas por quienes debían de ser y de hecho lo eran clases directoras; esa masa aristocrática, burguesa o burocrata satisfecha en su incultura, atenta solo a las corridas de toros o a los favores que pudiera obtener de las artistas, a las fiestas populares y a los vicios, llevando a Dios siempre en la boca mientras albergaban al diablo en lo más hondo de sus corazones.

Tuvieron que sufrir denuncias insidiosas y hechas con indudable mala fé, escritos en los que sin decirlo claramente se insinuaba el carácter herético y sospechoso de publicaciones con frases como esta: (se refiere a Barbadiño) "No cita nunca a un escritor hereje sin cubrirlo de elogios ni a un escritor católico sin criticarlo" (6), frase que por desgracia, textual o muy parecida aun es empleada en nuestras polémicas por los que hoy ocupan un lugar muy semejante intelectualmente a quienes las empleaban en el siglo XVIII (7). Así también se pronunciaban y escribían frases como: "La economía civil preocupa mucho a los contemporáneos pues inversamente a la teología se consagra a promover la dicha inmediata de los hombres perdiendo de vista la felicidad eterna solo fin valedero para un buen cristiano" muy semejante a la respuesta dada por el Consejo de Castilla de tiempos de Felipe IV

---

(5) No puedo certificar la certeza del hecho, pero se me dijo que la traducción al castellano de las obras de Jean Paul Sartre editada por Losada en Buenos Aires, entró en España en paquetes con unas etiquetas pegadas en el exterior en donde se leía, "Epístolas de San Pablo".

(6) Vid pág. 193.

(7) Vid P. Antonio Pucios M. S. C. "El Talante intelectual de Aranguren" —Revista Punta Europa n.º 1—Enero de 1956, pág. 110, toda la página.

referente a la canalización del Tajo en la que se decía que canalizar un río era atentatorio a los derechos de la divina Providencia. Las acusaciones y polémicas entre Fray Diego de Cadiz y Normante en Zaragoza tan semejantes en todo a tantas desarrolladas en nuestros días.

También era preciso llevar a la vida española un sentido de sinceridad que estaba muy lejos de poseer. Hay en Portugal un refrán que suele aplicarse a los hechos brillantes pero ineficaces, "no se hizo, dicen, para que el portugués lea, sino para que el inglés vea", no otra cosa son esos exámenes de ingreso en la Universidad de los que habla Torres Villarroel, pura fórmula o las pedantescas aunque bien presentadas publicaciones de la Universidad de Valladolid a las que se refiere el diario Pinciano.

Los medios con que se cuenta para contrarrestar este estado son pobres en apariencia, sobre todo ante el español medio que admira la fuerza y cree con fe ciega en su eficacia, eran solo el amor al país que si en los labios y en los escritos de estos renovadores aparece sentido estaba todavía más potente y puro en lo hondo de sus corazones, la paciencia y la perseverancia, virtudes por otro lado poco comunes en España, que les llevó a poder soportar persecuciones y destierros, recordemos los de Jovellanos, Aranda y Olavide, sin que ni en un momento sintieran flaquear sus convicciones, ni les pasara por la imaginación rectificar lo más mínimo ni sus ideas, ni sus actos, ni sus palabras, porque este defecto tan español de la prisa que ha malogrado entre nosotros tan grandes empresas, no lo sintieron, ya que sabían que siempre el bien y la verdad triunfan y saltan todas las barreras que la insidia, la murmuración y los intereses creados puedan oponer.

¿En que hechos prácticos se tradujo?. Responde a esta cuestión la tercera parte del libro bajo el título de "Panorama del Pensamiento Nuevo". Como se ha visto todos estos españoles ilustra-

dos se distinguían de un lado por su fe en la ciencia y en la cultura, por otro por poner su fe en que la resurrección de España solo era posible si se aplicaban con sinceridad valor y sin prisa, pero también sin parones ni vacilaciones, cuanto en los demás países había producido adelantos admirables. Dejemos a un lado las grandes Obras Públicas, carreteras, canales, colonización de Sierra Morena, etc., de las que aun vivimos; sobre ellas pudo hacerse la industrialización raquítica si se quiere del siglo XIX pero la única que tenemos, pero la labor de estos hombres hizo que a partir de 1750 dos ciencias desconocidas en España hasta entonces, la Historia Natural y la Química, comiencen a tener y gozar entre los españoles de una popularidad creciente que desborda los medios especiales para interesar a poetas, periodistas, técnicos que las hacen llegar al gran público.

Pero aún hoy una tarea más noble y más humana, la de llevar el bienestar a las clases más desheredadas de la sociedad española. Los españoles formados en las nuevas enseñanzas no piensan ya que es mejor mantener a las clases más bajas en su ignorancia para así dominarlas mejor, lo ocurrido pocos años antes en el Perú la sublevación de Tupac Amaru les sirve de lección y ejemplo, y por esto se estimula la multiplicación de escuelas e instituciones de enseñanza. Se plantea también el problema de la educación de la mujer totalmente descuidado hasta entonces sin embargo haber preocupado a hombres de épocas anteriores tales como Luis Vives y Fray Luis de León; preocupa ahora y se acude para resolverlo a combatir en la doble dirección; de un lado se crean instituciones para la enseñanza y la educación de la mujer; de otro, se intenta educar al hombre para que admita, sin sentir herida su dignidad, la igualdad de los sexos; porque en gran parte, por no decir en la totalidad, la culpa de la falta de instrucción en la mujer está en que no solo el hombre a quien corresponde hacerlo por ser director de la sociedad no se preocu-

pa de dar esa instrucción y esa educación, sino que frecuentemente desea que permanezca en la ignorancia para así poder dominarla mejor y sobre todo dar curso más impunemente a sus libertinajes y esto no solo en el siglo XVIII sino también en el siglo XX, pues si es cierto que las muchachas llenan de día en día las aulas de nuestros centros docentes, gran parte por no decir la mayor, de las que sin razón ninguna a ellas mismas se llaman de la "buena sociedad" si se distinguen es por su ignorancia y esto debido la mayoría de las veces más que a ellas mismas a los prejuicios y oposición de los varones. a que se les instruya.

El problema de la mendicidad también se procura resolver, no creando asilos y hospitales que tan prodigamente lo fueron en siglos anteriores, sino fomentando el trabajo, porque comprendían que la mayor y mejor Caridad, la única en realidad, hacia el pobre es darle los medios para que por su propio esfuerzo no lo sea. Aparte las Obras Públicas y colonizaciones, Ponz en su Viaje de España cita laudables esfuerzos de particulares entre los que destaca al Obispo de Sigüenza.

El sistema penal también comienza a modificarse se comienza a ver en el delincuente no un hombre a quien hay que castigar llenando su vida de incomodidades y sufrimientos, sino un ser a quien hay que corregir con el ejemplo y la enseñanza.

Pero el esfuerzo más importante de cuantos se desplegaron en la España de esta época lo fué en el aspecto económico. España era, lo había sido y lo es aún el estado de la economía dirigida ; la reglamentación y el control eran las solas reglas que gobernaban la circulación de la riqueza, el proteccionismo se acepta como dogma indiscutido pese a que la experiencia demostraba que las cosas iban de mal en peor. Era el Honrado Concejo de la Mesta, los Gremios, los Consejos de Pósitos, los variadísimos organismos viveros de frondosa burocracia ignorante y poco activa quienes disponían de las ganancias de los españoles que tra-

bajaban y luego las distribuían frecuentemente no con arreglo al trabajo rendido. Quienes habían estudiado estos problemas como Jovellanos, Campomanes y otros defienden las nuevas ideas económicas de Turgot, Quesney, y Adam Smith acerca de la libertad de circulación de los productos, contra los monopolios y a favor de la libertad de comercio. Estos mismos preveen que el regimen de concesiones y monopolios que rige el comercio con las colonias americanas lejos de ser un lazo que las una más a España es un peso que ha de estimular su deseo de separación. A todos estos esfuerzos se debe la industrialización de Cataluña y de Vizcaya y los comienzos de las explotaciones mineras de Asturias; las voces contra la acumulación de la tierra cuyo resultado es la primera desamortización llevada a cabo en tiempos de Carlos IV, la primera de las realizadas en España.

Esta manera de pensar de los españoles tenía consecuencias respecto al regimen político?. Había deseos de cambiar los modos de ser gobernada España?. El problema como dice Sarrailh es muy difícil de resolver. No hay pruebas de que la Ilustración del siglo XVIII fuera partidaria y defensora ni por otro lado intentara cambiar lo que en el aspecto político imperaba, indirectas en cambio si que las hay; no se olvide que los hombres del siglo XVIII que llegaron a las gloriosas Cortes de Cadiz las vieron con simpatía, discreparon quizás en las aplicaciones practicas de los principios pero la limitación y división de poderes, la libertad de asociación, la de expresión y la de imprenta, las defendieron con fuerza. Otra prueba que hace patente este deseo de cambio son las frecuentes lamentaciones de estos hombres por la falta de libros de temas políticos que se nota en las bibliotecas del país, conferencias y charlas que sobre temas políticos y un poco soto voce, se daban en las Sociedades Economicas como las que Ibañez da en la Sociedad Vasca. El regalismo, fuertemente sentido y practicado por estos hombres en cuanto tienen ocasión

para hacerlo como en los casos del Monitorio de Parma y la Expulsión de los jesuitas y que era una manera de afirmar la supremacía del poder real, en ese caso del poder civil. Algunas protestas contra el control o la intervención religiosa en asuntos de enseñanza como la de la Sociedad Económico Aragonesa apoyada por otras doce y el discurso de Valdés defendiendo el carácter predominantemente civil del matrimonio. Pero en líneas generales como dice el autor, la elite española está contenta con su gobierno y por entonces no pretende cambiarlo, le interesan más unos problemas económicos y culturales que poco a poco va encauzando y resolviendo.

Es esta generación la que prepara a la de las Cortes de Cádiz sin su labor la Revolución francesa no hubiera tenido en España la repercusión que tuvo. Pese a las medidas restrictivas puestas en práctica por los gobiernos de Carlos IV para evitar que fueran conocidos los sucesos revolucionarios y las disposiciones de las sucesivas Asambleas francesas, hay muchos españoles curiosos e interesados, llenos de una mezcla de miedo y esperanza que burlan esta censura e incomunicación y son en mucho mayor número los que saltaban sobre la censura inquisitorial porque repugnaban las noticias tergiversadas que se les daban y si un hombre como Cabarrus, ministro que fué con Carlos IV, deseaba, como bases de gobierno, la seguridad personal, el respeto y el reparto de la propiedad y la libertad de opinión, juzguese lo que sería en otros medios; el descontento por los modos políticos de ser gobernada España aumentaba hasta tal punto que el mismo Godoy podía explicar sin exageración, que los vasallos infieles al rey eran numerosos y aumentaban sin cesar. A la entrada de Perignon en Madrid y bajo sus ventanas se dieron gritos de "viva la libertad" y en todas partes se hablaba de política y de nuevas reformas. Esto desde Menéndez y Pelayo al autor más liberal se reconoce, la diferencia está en que a unos estas cosas les parecen mal y a otros nos parecen bien.

Corría algun peligro la fé catolica y la estabilidad de los dogmas?. Las ideas de la mayor parte de los ilustrados se limitaban en este aspecto a propugnar una iglesia y una religión más auténticamente cristiana, por otro la mayor parte de estos hombres eran incuestionablemente catolicos convencidos y los que no lo eran, el Conde de Aranda, Azara, Roda, eludian referirse a cuestiones religiosas o las dejaban para su correspondencia privada en donde deslizaban mordientes ironías como "qué religión es esta que nos cuesta tanto dinero", o, "el pajarito, (se refiere al espíritu Santo cuando la elección de Pio VII), dificilmente se pondrá sobre la cabeza de un cardenal", o, "Si me dieran a elegir entre vivir en Siberia o en el medio de esta canalla, (se refiere a la curia romana) sin pensarlo más preferiria ser ciudadano de Tobolks", o la frase del P. Isla "a la cabeza de los moribundos, sacerdotes o frailes multiplican sus esfuerzos para obtener legados importantes". Por los vicios que denotan estas frases por, detentar sin provecho economico ninguno para la Nación más de la tercera parte de la tierra útil de España, por el, enorme número de religiosos y sacerdotes que habia, 47000 beneficiados y 48000 religiosos, hacia que estos aparecieran como un peso muerto en todo intento de reforma del estado. Más a pesar de todo estos hombres estiman que la religión cristiana puede hacer mucho en pro del mejoramiento de España siempre que se cumplan dos condiciones que a menudo son olvidadas: que se reavive en el corazón el sentido del bien y del perfeccionamiento moral en lugar de limitarse a practicas externas hechas maquinalmente y que pueda conciliarse con la razón para ellos dueña y regidora del mundo; creen además que no todo lo que se cubre con el manto de la religión es religión, en fin ellos exigen culto interior, verdad, fervor, amor y caridad.

Despues de leído este libro nadie pondrá en duda que España representada por sus hombres mejores participo en las inquietudes y afanes propios de la Europa del siglo XVIII un poco centrandolos en si misma, pero ello era natural encontraban estos hombres a su patria tan distinta y lejana de Europa que era la suerte y el porvenir de su pais lo que les quitaba el sueño. Historiadores enemigos de este siglo, de menos relumbron guerrero que

el siglo XVI y de menor brillo literario que el siglo XVII, lo miran con desprecio y hablan de estos hombres como si no hubieran podido ser otra cosa que probos concejales en sus pueblos. Sin embargo esa España que era repartida entre las potencias Europeas a fines del siglo anterior, Inglaterra y Francia buscaban su alianza en la segunda mitad del siglo XVIII. Esa vida miserable característica de los campesinos de los últimos reinados de los Austrias se cambia por una más soportable en los reinados de Carlos III y Carlos IV. La España sin comunicaciones y sin industrias comienza a tenerlas y a industrializarse y todo gracias a estos hombres no capaces de heroismos deslumbradores pero si del heroismo, callado y fecundo del trabajo de cada día, ofrendado sin la esperanza de un reconocimiento inmediato pero movido por un amor sincero y abnegado al país que les vio nacer. Pero quizás lo más eficaz que estos hombres hicieron sea el impulso dado al deseo de mejoramiento de España en todos los sentidos, que a partir de ellos y hasta hoy avanza como creciente y avasalladora marea, de tal modo que nuestra Historia no es sino la lucha dramática, llena de altibajos, entre la parte del país que se quiere renovar y la que repudia todo avance en nombre de un ser de España o de una que llama "España eterna" que cuando pretende definir lo hace con unas frases huecas y efectistas tópicos y frases hechas que nada significan. Estos hombres que no tenían en los labios la palabra tradición, eran los verdaderos continuadores de los mejores que les habían precedido y son ellos quienes impulsarán a las generaciones que vendrán después a resolver los problemas de la propiedad, de la industria, de la Iglesia y de la cultura cuya angustia fueron los primeros en sentir. Por poner de relieve todos estos hechos el libro de Sarrailh es de indiscutible actualidad y una de las contribuciones más completas serias y objetivas al conocimiento de un periodo clave de la Historia de España aparecidas en estos últimos años.

FRANCISCO ABBAD